

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (1º Samuel 16, 1b.6-7.10-13a): *David es ungido rey de Israel.*

Salmo (22, 1b-3a.2.3b-4.5.6) *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (Efesios 5, 8-14): *Levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará.*

Evangelio (Juan 9, 1-41): *Él fue, se lavó, y volvió con vista.*

Es una frase común el decir cuando algo nos sorprende, si somos creyentes, que “*Dios escribe recto con renglones torcidos*”. La Biblia es un ejemplo repetido de cómo Dios escribe recto con renglones torcidos, y un ejemplo de formas sorprendentes del ser de Dios: Cuando ya creemos que lo sabemos, no entendemos; cuando estamos convencidos de “*controlar*” cómo y por dónde sigue la narración, la acción de Dios es siempre sorprendente. No juega al despiste, pero no permite que nosotros le marquemos el paso. Más aún: Dios salva sorprendiendo.

En la primera lectura leemos que el profeta Samuel, un hombre experimentado, va a Belén en busca del Ungido de Dios. Jesé le hace pasar a todos sus hijos mayores, pero ninguno era en el que se había fijado Dios. Tuvo que mandar llamar al más pequeño, que estaba en el campo, un muchacho débil y enclenque. Cuando Samuel lo vio, pensó: ¿este joven es el elegido por Dios?

Cuando Samuel tiene que ungir al rey David, Yahvé le advierte: **«No te fijas en las apariencias»**. Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia; Yahvé ve el corazón. La verdad que está en lo profundo del ser y no se apoya en las apariencias, la conoce el ser humano cuando despierta y se libera de esa somnolencia que nos impide ver con claridad. El texto gira en torno a una frase elocuente: **«el hombre mira las apariencias; Dios mira el corazón»**. Aprender a ser discípulos y vivir como él, es aprender a mirar con otros ojos, sin despreciar a los pequeños; más aún, intentando descubrir si Dios ha puesto su mirada en ellos.

Cuando el apóstol Pablo habla a los cristianos de Efeso les recuerda que su condición de cristianos les lleva a vivir como hijos de la luz, y abandonar el mundo de las tinieblas, que es el mundo de las sombras y de la muerte. El símbolo de la luz y las tinieblas es muy frecuente para indicar el grado de ignorancia o conocimiento, pero puede referirse también al mismo origen de la vida que arrancaría de la victoria de la luz sobre las tinieblas.

La luz forma parte de la misma existencia cristiana y no hay vida cuando uno no irradia la luz y claridad que proceden de la conexión íntima con el Señor. Toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz y así resultan obras agradables al Señor, mientras que las demás obras hechas a escondidas, en las sombras son obras estériles. Si bien es cierto que se trata de un símbolo, el cristiano no puede continuar ignorando la verdad de sus obras, ni mucho menos refugiarse en las apariencias, que son la forma encubridora de la pura verdad.

El evangelio presenta un caso muy distinto, pero que tiene elementos comunes. En este caso se trata de un joven discapacitado (un ciego), que además es considerado culpable de su ceguera ¿quién ha pecado –preguntan– él o sus padres? Jesús no solo ignora la pregunta, sino que entabla un diálogo con esta persona, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, le devuelve la vista y su dignidad, y le dijo: **«Ve a lavarte a la piscina de Siloé»**. Jesús revela el corazón de Dios; el Dios de la Escritura es el Dios sorprendente que no sigue nuestros criterios, sino su designio de salvación.

El relato de evangelio de Juan sobre el ciego de nacimiento afirma que Jesús ha venido a este mundo para que los que no ven vean, y los que ven queden ciegos. Quere esto decir que Jesús trae la luz verdadera, aquella que aparta las escamas, que no nos permiten ver, siempre y cuando acudamos a lavarnos a la fuente de Siloé (es decir, a la fuente del Enviado, del Mesías). El agua que brota de esta fuente es un agua bautismal, surge de la profundidad de la tierra. Curiosamente el lugar que señala el evangelio, la piscina de Siloé, se encuentra al final del canal-túnel de Ezequías, que recorre más de seiscientos metros bajo la roca.

Hasta hace unos pocos años todavía es posible llegar a esta piscina siguiendo la corriente de agua viva que mana desde la base del templo de Jerusalén. Este recorrido sólo podía hacerse con la ayuda de un buen guía y el ánimo bien dispuesto para superar la oscuridad del túnel o galería excavada en la roca sobre la que se construyó la ciudad de David. Unas cuantas velas servidas por el guardián judío askenazi, que había montado su pequeño negocio junto a la puerta de hierro que cerraba la entrada al único manantial de agua viva en la ciudad santa, eran la tenue e insuficiente iluminación para acceder y continuar una extraña y sorprendente excursión por las mismas entrañas de la antigua ciudad de los jebuseos.

Hay muchos motivos para estar ciego y muchas clases de ceguera. Además de las orgánicas, físicas, están las morales, las religiosas, las espirituales, las humanas. Podemos tener los ojos en un estado relativamente aceptable, pero podemos ser “*ciegos de corazón y de espíritu*”. Tenemos ante nosotros la obra salvadora de Dios, y aun así nos negamos a creer. Vemos su perdón y nos resistimos con todas las fuerzas.

En las catequesis cuaresmales –antiguo camino de catecúmenos hacia las fiestas de Pascua– la Iglesia nos propone distintas situaciones humanas y espirituales. Una es la sed profunda del corazón humano; otra es la muerte del cuerpo y del corazón; en este caso es la ceguera profunda, que nos incapacita. Pero el mensaje es claro: Jesús nos puede curar para que nosotros sigamos por el camino como discípulos suyos.